



biblioteca abierta

colección general **trabajo social**

**El feminismo, el género y la profesionalización
del trabajo social en Colombia (1936-2004)**

El feminismo, el género y la profesionalización del trabajo social en Colombia (1936-2004)

María Himelda Ramírez



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

2020

Ramírez Rodríguez, María Himelda, 1951-

El feminismo, el género y la profesionalización del trabajo social en Colombia (1936-2004) / María Himelda Ramírez. — Primera edición. — Bogotá : Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas. Departamento de Trabajo Social, ©2020
212 páginas : ilustraciones en blanco y negro, fotografías. — (Biblioteca abierta. Antropología ; 487)

Incluye referencias bibliográficas e índice de materias y nombres

ISBN 978-958-794-145-6 (rústica). — ISBN 978-958-794-148-7 (e-book)

1. Universidad Nacional de Colombia (Sede Bogotá) — Facultad de Ciencias Humanas — Departamento de Trabajo Social — Enseñanza superior --1986-2004 2. Trabajo social — Formación profesional — Colombia — 1936-2004 3. Trabajo social con mujeres — Educación — Colombia — 1936-2004 4. Universidades públicas — Estudios de caso — Colombia —1936-2004 5. Feminismo y educación — Colombia I. Título II. Serie

CDD-23 361.32071 / 2020

El feminismo, el género y la profesionalización del trabajo social en Colombia (1936-2004)

Biblioteca Abierta

Colección General, serie Trabajo Social

© Universidad Nacional de Colombia,
Sede Bogotá, Facultad de Ciencias Humanas,
Departamento de Trabajo Social, 2020

Primera edición, 2020
ISBN impreso: 978-958-794-145-6
ISBN digital: 978-958-794-148-7

© Autor, 2020
María Himelda Ramírez

Facultad de Ciencias Humanas

Comité editorial

Luz Amparo Fajardo Uribe, decana

Nohra León Rodríguez, vicedecana Académica

Jhon Williams Montoya, vicedecano de Investigación y Extensión

Gerardo Ardila, director del Centro de Estudios Sociales -CES-

Jorge Aurelio Díaz, director de la revista *Ideas y Valores*, representante de las revistas académicas

Rodolfo Suárez Ortega, representante de las Unidades Académicas Básicas

Diseño original de la Colección Biblioteca Abierta

Camilo Umaña

Preparación editorial

Centro Editorial de la Facultad de Ciencias Humanas

Ruben Darío Flórez, director

Laura Morales, coordinadora editorial

Juan Carlos Villamil Navarro, coordinador gráfico

Yully Cortés, maquetación

Pablo Castro, corrección de estilo

editorial_fch@unal.edu.co

www.humanas.unal.edu.co

Bogotá, 2020

Impreso en Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio,
sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Contenido

Presentación.....	11
-------------------	----

Capítulo 1. El ciclo de institucionalización

del servicio social católico (1936-1958).....	37
--	-----------

La Escuela de Servicio Social anexa al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario de Bogotá y algunas de sus proyecciones (1936-1956).....	39
---	----

La formación en servicio social y en trabajo social en la Escuela de Servicio Social anexa a la Normal de Señoritas de Antioquia (1945-1955).....	57
---	----

La formación en servicio social en los colegios mayores de cultura femenina o universidades femeninas y sus proyecciones.....	65
---	----

Notas sobre la fundación y las etapas iniciales del funcionamiento del Colegio Mayor de Cultura Femenina de Cundinamarca.....	70
---	----

Un paréntesis: la Secretaría de Acción Social y Protección a la Infancia y el Servicio Cívico Social Femenino (Sendas), una experiencia de institucionalización del trabajo social en contextos de una experiencia populista.....	75
---	----

Breve anotación sobre la formación en trabajo social en la Pontificia Universidad Javeriana.....	78
--	----

Capítulo 2. Hacia la laicidad en la formación en trabajo social en las universidades públicas. El caso de la Universidad Nacional

de Colombia.....	81
-------------------------	-----------

Notas sobre la inclusión de la formación en trabajo social en la Universidad Nacional de Colombia.....	84
--	----

Los estudios críticos y su contribución a la renovación del pensamiento de las ciencias sociales en los años 70 y 80.....	88
---	----

La reconceptualización del trabajo social en la Universidad Nacional de Colombia. Alcances y límites.....	97
---	----

El feminismo y el género en trabajo social.....	101
---	-----

Capítulo 3. Anotaciones sobre los estudios acerca de la mujer y el género en la segunda mitad del siglo XX: conexiones latinoamericanas.....	113
La División de Asuntos de Género de la Cepal	115
Las Conferencias de la Década Internacional de la Mujer	120
Los Encuentros Feministas Latinoamericanos y del Caribe	124
Notas acerca del surgimiento de programas académicos en mujer y género en América Latina.	132
Capítulo 4. La institucionalización de los Estudios de Género de la Universidad Nacional de Colombia y la consolidación de la Escuela (1986-2004).....	139
El Grupo Mujer y Sociedad de la Universidad Nacional de Colombia y los estudios de género.	144
El Fondo de Documentación Mujer y Género.	
Una “habitación propia”.	158
Algunos resultados de la investigación de las egresadas de las primeras etapas del programa.	161
La revista <i>En Otras Palabras...</i> : el proyecto editorial del Grupo Mujer y Sociedad	162
El pensamiento femisista y la perspectiva de género en el análisis de la familia.	170
Conclusiones	173
Referencias	183
Fuentes de archivo	183
Videografía	184
Prensa.	184
Fuentes orales	186
Bibliografía	186
Documentos jurídicos.	204
Bibliografía complementaria	205
Índices de materias	209

Agradecimientos

AGRADECIMIENTOS ESPECIALES A LAS siguientes profesoras de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia:

Ángela Inés Robledo, del Departamento de Literatura, por haberme animado a emprender este trabajo cuando se desempeñaba en la dirección de la Escuela de Estudios de Género.

María Eugenia Martínez Giraldo, quien, en su trayectoria por el Departamento de Trabajo Social, valoró e impulsó la investigación sobre la profesionalización del trabajo social en Colombia.

Gloria E. Leal, quien, como coordinadora del Grupo de investigación “Historia de la Asistencia, la Beneficencia y la Disciplina del Trabajo Social”, ha contribuido a la construcción de fuentes orales de gran interés para este estudio.

Juanita Barreto, por sus atinados comentarios a mis inquietudes.

Florence Thomas, coordinadora de Mujer y Sociedad, y editora de la revista *En Otras Palabras...*, por el reconocimiento y la valoración del trabajo social y, por ende, a quienes ejercemos esta profesión.

El Comité de Publicaciones del Departamento de Trabajo Social, por respaldar de manera decisiva esta publicación.

Agradezco también a Bibiana Travi, profesora de Trabajo Social de la Universidad Nacional de Luján y de la Universidad de Buenos Aires, Argentina, por propiciar espacios de trabajo conjunto, tanto en el Grupo Interuniversitario de Investigadores en Trabajo Social (GIITS), como en su labor como profesora visitante en la Universidad Nacional de Colombia.

Presentación

ESTE LIBRO EXPONE PARTE de los resultados de una investigación dedicada al proceso de la profesionalización del trabajo social en Colombia, interpretada en la perspectiva de la historia de las mujeres como actoras sociales que dilucidaron las condiciones de su tiempo, interpelaron esas condiciones y formularon alternativas para transformarlas, en la medida de las posibilidades de los contextos en que les correspondió vivir. El recorrido propuesto comprende algo más de ocho decenios a lo largo de los cuales en Colombia se produjeron cambios relevantes de tendencias modernizadoras, en contextos de ciclos de violencia muy costosa en vidas humanas y para la cultura democrática.

Se examinan algunos de los avatares de la profesionalización del trabajo social en el país, de acuerdo con lo sustentado por diferentes autoras que, con base en las disquisiciones weberianas sobre las profesiones modernas en el contexto del desarrollo del capitalismo occidental, interpretan las condiciones de la inclusión del trabajo social en las estructuras características de la organización de los Estados; tales como los sistemas de organización del conocimiento científico y la burocracia tanto estatal como privada (Aguayo, 2007; Salazar, 2006; Tello, 2000).

María Cristina Salazar (1931-2006) (2006) subraya, como atributo de la profesionalización, la búsqueda, por parte de los grupos que ejercen una determinada actividad, de una formación especializada, que significa la inclusión en el sistema universitario; en el caso del trabajo social, en el contexto del desarrollo de ciencias sociales. También señala la asociación que agrupa tanto al profesorado como al estudiantado de las diferentes unidades académicas, así como las y los profesionales en ejercicio en los diferentes campos de desempeño: la conformación gremial para la veeduría de la calidad del desempeño y el reconocimiento legal que se concreta en regulaciones como los códigos de ética y las leyes que reglamentan el ejercicio de la profesión.

Neila Tello (2000), por su parte, al referirse a los procesos de formación especializada destaca los avances en la producción académica y sus proyecciones con la conformación de proyectos editoriales, como las publicaciones periódicas que divulgan los resultados de la investigación sobre los problemas sociales. Estas producciones plantean a los Estados la institucionalización de la atención, de acuerdo a los lineamientos de las políticas sociales, y también los desarrollos y las recreaciones de las metodologías de intervención.

Este trabajo enfatiza en la inserción de los programas de formación en asistencia social, servicio social y trabajo social en el sistema educativo colombiano, agenciada por organizaciones de mujeres dispuestas a vencer las barreras de género impuestas a su participación en una de las promesas de la modernización: el acceso a la educación superior en condiciones de igualdad. La indagación surge de las preguntas sobre las especificidades de la formación académica para el ejercicio de una profesión cuya composición ha sido de predominancia femenina; por lo tanto, las relaciones de género en cada uno de los procesos que les conciernen afrontan los límites impuestos por una organización androcéntrica del conocimiento, en un sistema educativo jerarquizado. Además, en la institucionalidad del desempeño laboral, en la cual las culturas profesionales son también bastante jerarquizadas.

El estudio enfatiza, por una parte, en el proceso reflexivo de las profesoras y las estudiantes sobre lo que significaba ser mujer en la sociedad urbana colombiana, tanto si era joven, madre, ama de casa o trabajadora, en las condiciones cambiantes de los contextos

tradicionalistas con sus prescripciones sobre las relaciones de género a los escenarios de derechos y garantías. Por otra parte, se enfatiza también en el proceso autorreflexivo de las académicas y profesionales que se situaron como mujeres ante los desafíos de su tiempo, frente a los cuales asumieron compromisos éticos y políticos, desde la construcción y divulgación de un tipo de conocimiento relacionado con los problemas de los sectores populares urbanos, derivados del tránsito de una sociedad agraria a una sociedad industrial, con énfasis en las formas como las mujeres han participado y han sorteado las barreras de género.

Michelle Perrot (2006), en su artículo “Salir” —de la colección dedicada a la historia de las mujeres en Occidente que abre el capítulo de las modernidades—, contribuye a la redefinición de la historia del trabajo social, con base en la consideración de las posibilidades de la caridad que, como antiguo deber de las cristianas, había sacado a las mujeres de sus casas, posibilitándoles itinerarios permitidos por la ciudad, en sus visitas a los pobres, los presos, los enfermos. La agudización de los problemas sociales en el siglo XIX, afirma la autora, convierte esas actividades en una exigencia para las sociedades; y en la filantropía, como gestión privada de lo social, ellas encontraban un lugar, a su juicio, privilegiado. Mujeres católicas y protestantes fueron exhortadas, así, a hacerse cargo de lo social, produciéndose una gran movilización bajo una forma que define como “maternidad social”. Esa movilización se acentúa en las epidemias, las guerras y las crisis que agravan los problemas urbanos, como el alcoholismo, enfermedades como la tuberculosis y prácticas como la prostitución (Perrot, 2006, pp. 485-492).

Michelle Perrot llama la atención sobre las representaciones de esos trabajos como un compromiso moral de las mujeres o por amor a la ciudad, así como se amaba a la familia; se trataba de trabajos de los cuales no deberían esperar ninguna retribución o reconocimiento. En efecto, menciona que el caso de las actividades filantrópicas es demostrativo al apreciarse las diferencias de género. Los grandes filántropos del siglo XIX y comienzos del XX fueron distinguidos con honores, condecorados e inmortalizados en esculturas y retratos. En contraste, Michell Perrot argumenta que en la oscuridad

de la beneficencia anónima quedó sepultada una inmensa energía femenina cuyos efectos sociales son difíciles de medir.

En Colombia, Beatriz Castro Carvajal (2007; 2008; 2014) y Ruth López Oseira (2008; 2010) han dedicado parte de sus investigaciones precisamente a recuperar esas dimensiones de la historia de las mujeres que ha sido silenciada y distorsionada. En el primer caso, con base en el estudio de las mujeres de la Sociedad de San Vicente de Paúl; en el segundo, con base en el estudio de la contribución de las mujeres que participaron en la profesionalización del trabajo social en el contexto de la industrialización en la ciudad de Medellín.

En todo caso, para las mujeres la filantropía fue una experiencia que modificó su concepción del mundo, la idea de sí mismas e, inclusive, la inserción en lo público. Las experiencias de asociación primero en organizaciones mixtas y luego en agrupaciones femeninas —cuya dirección asumieron y que se expandieron en distintas partes del mundo, promoviendo las más diversas causas— animaron un interés en una formación académica que se estructuró en los programas de asistencia social, servicio social y trabajo social. Estos programas se fueron configurando en diferentes países articulados a las iniciativas de diferentes organizaciones sociales de carácter religioso o laico con presencia en los barrios obreros de las ciudades industriales, en donde desplegaban multiplicidad de acciones orientadas por los principios de la justicia social hacia las reformas sociales. La formación para la asistencia social y el servicio social, en sus inicios autodidáctica, se adscribió a grupos de estudio y luego a escuelas anexas a las instituciones universitarias, lo cual significa que, desde las etapas en que se fueron configurando las ciencias sociales, el trabajo social participó en la construcción de conocimientos acerca de los problemas del mundo urbano y en procesos de gestión de alternativas de solución.

Nidia Aylwin (1999), Belén Lorente Molina (2001; 2002a; 2002b; 2006) y Bibiana Travi (2011) problematizan las interpretaciones sobre la identidad profesional del trabajo social, construida a partir de ciertas elaboraciones de su historia, de amplia difusión en América Latina y también en España. En particular, por cuanto han dificultado la validación y el reconocimiento de los referentes disciplinares y profesionales,

entre quienes se han formado en el quehacer, en los medios académicos y en las culturas profesionales. En sus trabajos las autoras invitan a examinar la construcción de la identidad profesional en términos de las relaciones entre el país que se estudia, atendiendo también a las diferencias regionales y el país del cual se asimilaron las tradiciones que contribuyeron a conformar el trabajo social en una determinada nación. Para ello abordan las miradas sobre sí, expresadas en la historiografía de la profesión y las miradas de los otros, en particular de las demás ciencias sociales; la validación en los ámbitos académicos de los problemas de investigación construidos; la adscripción profesional en ámbitos privados o públicos; y la inserción en culturas científicas y profesionales de marcada tendencia androcéntrica.

Belén Lorente Molina apela a las categorías género y poder para analizar el lugar atribuido al trabajo social, en el conjunto de las ciencias sociales y en las culturas profesionales. La autora considera que la composición social del quehacer define ese lugar en virtud de las representaciones sobre lo femenino en las sociedades, aunadas a las particularidades de los procesos de conformación interdisciplinaria de su estatuto profesional, ante la diversidad de problemas que se afrontan en la práctica. La interdisciplinariedad constituye así un imperativo que entra en tensión con la conformación disciplinar de las ciencias sociales, validadas en los esquemas científicos positivos hegemónicos por las definiciones de sus objetos de conocimiento como parcelas delimitadas. Lorente estudia con detenimiento las relaciones entre el trabajo social y la sociología con base en un texto de los autores catalanes Struch y Guell, quienes le dedicaron un libro al tema: *La sociología de una profesión: las asistentes sociales*, publicado en 1976 y que circuló en los programas académicos de trabajo social en España. La autora subraya el uso por parte de los autores del recurso del contraste para atribuir a la identidad de las asistentes sociales la religiosidad y la sensibilidad como rasgos distintivos que antagonizaría con la formación científica. Por esa vía, se concluiría que la racionalidad y la secularidad asociada al conocimiento científico, serían los atributos de la identidad de los sociólogos (Lorente 2001). En otras perspectivas, observa que las relaciones entre el trabajo social y las ciencias sociales han sido construidas a partir del tutelaje de estas últimas sobre el

trabajo social y que el conocimiento producido desde este campo no suele ser valorado como conocimiento científico.

Mary Jo Deegan (2012) en un artículo publicado inicialmente en 1981 en *The American Sociologist*, con base en la experiencia de la Asociación Americana de Sociología (ASA) entre 1906 y 1931, documenta el androcentrismo de la disciplina en sus etapas formativas en la Escuela de Chicago en los Estados Unidos. Lo más visible es la exclusión de las fundadoras en los relatos que componen la historia oficial de la disciplina y su ausencia o participación excepcional en los cargos de la Asociación y en las deliberaciones académicas promovidas por la organización. La autora le dedica un acápite del artículo a la exclusión de las trabajadoras sociales que también formaban parte de una sección de la Asociación, mediante la recuperación de varias aseveraciones demostrativas de las relaciones jerárquicas construidas por los sociólogos respecto las trabajadoras sociales. Entre estas, resalta una intervención de Thomas D. Eliot en 1922, cuando se realizó una mesa redonda para la creación de una publicación; en ella, Eliot expresó que los sociólogos tenían un conocimiento superior que ofrecer a los trabajadores sociales. Otra mención que suscitó en la autora cierto malestar fue la de Burgess en 1923, quien planteó en un artículo que los sociólogos podían donar sus conceptos sobre la sociedad a los trabajadores sociales, a cambio de que ellos contribuyeran con los materiales acumulados por las distintas agencias sociales en donde se desempeñaban, con propósitos de enseñanza (Deegan, 2012, pp. 328-239). Aunque estas referencias corresponden a la primera mitad del siglo xx, el reconocimiento de las contribuciones del trabajo social a las ciencias sociales es muy atenuado y bastaría con estudiar la historia de estas disciplinas, en la cual la contribución del trabajo social suele ser desconocida, salvo quizás desde los últimos años del siglo xx, en los estudios de género, la familia y la violencia en las relaciones familiares.

Neila Tello Peón, profesora de la Universidad Autónoma de México, en el año 2000 impulsó entre diferentes profesores e investigadores del trabajo social de distintos países unas jornadas para discutir el peso de las tradiciones ideológicas y científicas, en la conformación de la identidad del trabajo social. La autora considera que las dificultades en la construcción de la identidad profesional se producen por

el peso de la mayor o menor influencia de una u otra tradición en la formación académica. Como resultado de las jornadas se produjo un libro. En el evento participaron trece profesores con elaboraciones sobre países latinoamericanos como Bolivia, Brasil, Chile, y México; europeos como España, Gran Bretaña y Países Bajos; también sobre Estados Unidos, Canadá, Japón y Sudáfrica.

Surgió así una publicación a partir de un esquema que contemplaba el peso de las dimensiones científicas implicadas en una formación universitaria basada en las teorías sociales, en los métodos de investigación y de acción orientados por criterios académicos. Asimismo, invitó a apreciar la circulación del conocimiento producido en publicaciones seriadas tanto universitarias como de las organizaciones sociales. Entre los resultados de las jornadas, se observa la diferenciación en los procesos de profesionalización del trabajo social en los diferentes países estudiados, acorde con las tradiciones que la influenciaron. Las tradiciones europeas influenciadas por las tendencias socialdemócratas, se proyectaron en la conformación del trabajo social angloamericano y francoamericano en los Estados Unidos y Canadá, matizadas por los procesos de colonización. La diferenciación más acentuada con respecto a los países latinoamericanos que se resalta es, la influencia del catolicismo español (Tello, 2000).

Las relecturas contemporáneas de la epistemología y de la historia del trabajo social que plantean en sus tesis doctorales y en otras elaboraciones Miguel Miranda Aranda —profesor de la Universidad de Zaragoza en España— y Bibiana Travi —profesora de la Universidad Nacional de Luján en Argentina—, fundadores del Grupo Interuniversitario de Investigadores en Trabajo Social (GIITS), que articula proyectos sobre el tema, sitúan el surgimiento del trabajo social en los contextos en que se gestó en Inglaterra y los Estados Unidos en experiencias comunes que dieron lugar a la sociología y a otras ciencias sociales. Travi (2011a; 2011b) y Miranda (2003) observan la tradición anglosajona en la que convergieron intelectuales progresistas y reformadores sociales, tanto hombres como mujeres, en proyectos orientados a la justicia social y por los derechos civiles en los barrios obreros de ciudades industriales como Londres y Chicago, en la segunda mitad del siglo XIX. Ambos

autores y en Colombia, Pedro Quintín Quilez¹ (2010), le dedican una atención especial al proyecto Hull House, en cuya fundación participó Jane Addams (1860-1935), pionera de la sociología del trabajo social². En este escenario se conformaron las ciencias sociales modernas en la Escuela de Chicago, a partir de la multiplicidad de iniciativas de trabajo con la población migrante que se incluía en los procesos modernizadores en los escenarios de las empresas y fábricas que incorporaba grupos de trabajadores, gran parte de ellas y ellos procedentes de ambientes rurales europeos y que conservaban sus tradiciones y sus lenguas originarias. Quilez destaca ante todo la presencia de migrantes procedentes de Polonia e Irlanda en las primeras generaciones de trabajadores de las industrias de la ciudad de Chicago, países de arraigadas tradiciones católicas.

Travi (2011a; 2011b) y Miranda (2003), con base en la consulta a la producción científica de las pioneras de la sociología y del trabajo social —desconocida en América Latina, por cuanto gran parte de esa producción no ha sido traducida al castellano—, explican sus procesos a partir de los contextos y la activa participación de aquellas mujeres en los movimientos reformistas, abolicionistas y pacifistas en los Estados Unidos. Entre ellas, se encuentran Jane Addams y

-
- 1 Agradezco al profesor Fabio López de la Roche el haberme sugerido la lectura del artículo de Pedro Quintín Quilez (2010), “La ciudad de Chicago como laboratorio. La etapa formativa de una Escuela de Sociología”, así como su participación en la exposición de sus indagaciones sobre la Hull House, en el Grupo de investigación Historia de la Asistencia, la Beneficiencia y la Disciplina del Trabajo Social (HABTS) del Departamento de Trabajo Social.
 - 2 Hull House fue una experiencia del movimiento de los *social settlements*. El primero, Toynbee Hall, fue fundado en un barrio obrero londinense en 1892 y se buscaba que los jóvenes de las universidades de élite y algunas jóvenes de los círculos intelectuales y políticos partidarios de las reformas sociales compartieran espacios de la vida cotidiana en ambientes diferentes a los suyos y participaran en la construcción de alternativas ante los problemas sociales. En 1889 Jane Addams y Ellen Gates Starr, fundaron Hull House en un barrio obrero de Chicago de donde irradiaron un conjunto de iniciativas que lograron incidencia en la política local y nacional en materia del avance de reformas sociales y de los derechos civiles, lográndose convertir en una experiencia emblemática que coadyuvó a la fundación de experiencias similares en otras partes del país y del mundo. Por lo demás, ese escenario fue clave para el desarrollo de las ciencias sociales modernas.

Mary Richmond (1861-1928) en los Estados Unidos, y Alice Salomón (1872-1948) en Alemania. Estas pioneras, a la par que ejercieron lo que se denominó en su tiempo una *sociología aplicada*, impulsaron la formación en el trabajo social sobre bases científicas tanto en la Universidad de Chicago como en Nueva York y en Berlín respectivamente (Álvarez y Parra, 2014; Miranda, 2003; Quilez, 2010; Travi, 2011a, 2011b, 2015).

Las experiencias del trabajo con los diferentes sectores sociales producidas en Hull House con niños, niñas, jóvenes y adultos, en educación popular y en formación en cultura ciudadana, fueron oportunidades para conformar las bases de la investigación social que conduciría a la estructuración de las ciencias sociales modernas. Los estudios sociales de las condiciones de vida de los sectores populares urbanos —mediante la observación participante, las entrevistas, las encuestas, el registro, la construcción de mapas y planos—, realizados en la Escuela de Chicago, forjaron una diferenciación de género advertida por las sociólogas que han dedicado su atención a la exclusión de las mujeres de los acontecimientos fundantes de la disciplina. Mary Jo Deegan (2012), como se mencionó, abre la pregunta sobre el reconocimiento a las pioneras de la sociología en los Estados Unidos en la construcción de la disciplina; Luz Gabriela Arango (2011) y Restrepo (2006) interpretan tal exclusión tanto en el país del norte como en Colombia, por la perspectiva androcéntrica que ha estructurado el desarrollo del conocimiento en la sociología.

En síntesis, en la Escuela de Chicago se expresaron las tensiones entre un proyecto científico androcéntrico de la sociología —orientado a la construcción de una teoría general de la sociedad— y un proyecto de acción social —orientado por las posibilidades de las reformas que coadyuvaran a la transformación de las condiciones sociales y culturales generadoras de los problemas del empobrecimiento, la exclusión, el racismo—. Ese distanciamiento derivó en la atribución de un rango científico y académico a la sociología con el repertorio de reconocimientos y privilegios que conlleva tales atributos. El trabajo social, en cambio, fue desplazado de las representaciones sociales académicas que lo identificaban como un quehacer fundamentado en el conocimiento científico que contribuía a construir, y se empezó

a caracterizar como una práctica empírica, sustentada en la moral y, cuanto más, en una ética de los derechos civiles.

Entre los grupos pioneros de mujeres dedicadas a estas configuraciones iniciales del trabajo social en el mundo anglosajón se destacan figuras que participaron en el activismo por las reformas sociales a favor de los derechos de la gente afroamericana, la población migrante y las mujeres. Además, propiciaron el abolicionismo del trabajo infantil y las reformas penitenciarias, así como también reformas legislativas. Entre ellas se destacó Jane Addams, quien sentó gran parte de las bases del trabajo social moderno (Travi, 2011a; 2011b; 2015; 2017).

En Hull House las pioneras participaron en actividades que prefiguraron al trabajo social moderno, orientadas al cuidado infantil y a niños, niñas y adolescentes, el acompañamiento a las jóvenes madres y a las mujeres en contextos familiares de conflicto conyugal y precariedad, en campañas de salud pública. También desplegaron estrategias de formación y educación popular que incluían la difusión de conocimientos básicos de higiene, nutrición y los usos creativos del tiempo libre con proyectos de artísticos, proyecciones cinematográficas, deportes.

Bibiana Travi, en un artículo dedicado a Jane Adams publicado en 2015, muestra una experiencia de esta pionera de la sociología y del trabajo social en su libro *The long road of woman's memory*, publicado en 1916. Se trata de un escenario institucional en que se profesionalizó el trabajo social: los programas de atención al maltrato infantil y a la violencia contra las mujeres en las relaciones familiares que la historiadora Linda Gordon (1988) documentó en extenso en su investigación sobre el trabajo social en la política de atención de casos de violencia en las relaciones familiares en tres organizaciones de la ciudad de Boston, con énfasis en el maltrato infantil y la negligencia en la crianza. Dichas organizaciones fueron la Sociedad para la Prevención de la Crueldad hacia los niños de Massachusetts (Massachusetts Society for the Prevention of Cruelty to Children, MSPCC), la Asociación para el Servicio de los Niños de Boston (Boston Children's Service Association, BCSA) y un centro de orientación para menores de edad en conflicto con la ley (Judge Baker Guidance Center, JBGC). Su trabajo se sustentó en la revisión de historias sociales consignadas por voluntarios y trabajadoras sociales profesionales desde 1880 a 1960.

Advierte Travi (2015) que, si bien Jane Addams no escribió obras sobre la violencia contra las mujeres en los términos en que se concibe hoy en día, como una violación de los derechos de las mujeres como derechos humanos, la problemática sí está planteada de manera explícita en sus obras, dando cuenta de las diversas formas y ámbitos en las que se manifiesta en el mundo privado en los espacios laborales y académicos. La autora, afirma Travi, ofrece un importante aporte al estudio del papel de la memoria en la vida de las mujeres, en particular de las más pobres, las excluidas, las violentadas, las inmigrantes. Jane Addams se entrevistó durante varias semanas con un número importante de visitantes a Hull House, a las cuales en su mayoría ya conocía, así como las dificultades que atravesaban en su vida cotidiana. Addams realizó una minuciosa observación e interpretación de los contenidos de las entrevistas con mujeres mayores que asistieron a este espacio atraídas por el rumor de un “Bebé Diablo”, con las características físicas de un demonio, gestado como consecuencia de la “crueldad de un marido”; se trata de un mito aleccionador por excelencia, construido por aquellas mujeres. Entre sus hallazgos resalta que en los relatos las mujeres daban cuenta de los maltratos sufridos en la infancia y repetidos en sus matrimonios; mencionaban también las pérdidas de sus hijos por no poder alimentarlos, por la enfermedad, la guerra, la discriminación o la explotación laboral. Sin embargo, Addams observaba que en esos testimonios había una transformación de sus experiencias, y los recuerdos aparecían carentes de rencor y dolor. Se trataba de mujeres que “bajo la dominación de un misterioso impulso autobiográfico, que hace más difícil ocultar la verdad que confesarla, purgaron sus almas con toda sinceridad e, inconscientemente, dejaron clara la parte sufragada en sus duras vidas” (Travi, 2015, p. 150).

En Colombia el trabajo social como profesión y el feminismo como discurso crítico y como movimiento social representan expresiones de la modernización democrática, cuyos desarrollos por distintas vías —a veces convergentes y en ocasiones en tensión— coadyuvan a ciertos cambios sociales en el proceso de exclusión e inclusión en el sistema político liberal colombiano. Este trabajo permite vislumbrar las formas como operó la diferencia de género en el acceso a la educación superior

en Colombia, así como también, en las estrategias de quienes optaron por la formación en asistencia social, servicio social y trabajo social, para incidir en el cambio en sus propias vidas, y en las condiciones de vida de los sectores populares de la población urbana en expansión desde los años 40, afectados por el empobrecimiento y la exclusión. El lapso comprendido entre 1930 y 1946 en Colombia corresponde a un periodo en la historia del país en que fue muy visible el protagonismo de las ideas liberales. Estas impulsaron la transformación de las relaciones de servidumbre en relaciones asalariadas, en medio de una estratégica polarización política entre las fuerzas conservadoras y liberales que, en momentos de auge de la conflictividad social, pactaron consensos bajo la promesa de contribuir a la paz en el país.

En aquellos años, las reformas liberales se comprometieron con la modernización, para el caso, significó la institucionalización de la política social como expresión del avance hacia la construcción del Estado de Derecho y la apertura hacia el logro de los derechos civiles de las colombianas, entre los cuales la educación y el trabajo fueron clave. Entre 1946 y 1957, etapa conocida como la Restauración conservadora, gran parte de las reformas liberales fueron interferidas en contextos de la agudización de la violencia partidista³. Es de subrayar que ciertas reivindicaciones del movimiento feminista colombiano que desde los años 30, cuando emergió en la escena política, circularon como un motivo más de esa polarización política. Tal fue el caso del derecho a la educación, al trabajo remunerado y, en particular, el derecho a la participación política que produjo tensiones muy acentuadas entre las fuerzas conservadoras radicales y clericales, por una parte, y las liberales progresistas, por otra.

En Colombia entre los años 1936 y 1958 la atención a los problemas sociales asociados al crecimiento urbano por las demandas de la industrialización y la tendencia a la concentración de la población en las ciudades, estaba a cargo de las corrientes higienistas en una de sus fases decidida de despliegue normativo e institucional. Según

3 Los ensayos recopilados en la publicación de Rubén Sierra Mejía (2012), permiten advertir los diversos matices de las interpelaciones de la tradición conservadora a las reformas liberales.

la investigadora María Teresa Gutiérrez (2010) el discurso médico ya había logrado consolidarse con la solución de continuidad que establecía una secuencia entre la higiene, el progreso y la civilización. La investigadora diferencia tres etapas: entre 1886 y 1920, cuando de forma coherente con el auge de las ideas higienistas en los ámbitos internacionales se produce una lenta instalación del modelo en la medida en que las condiciones del conflicto y la Guerra de los Mil Días lo posibilitaron; entre 1920 y 1937, cuando fue posible el despliegue de normas de control institucional; y entre 1938 y 1953, cuando avanzó la institucionalización con la creación del Ministerio de Trabajo Higiene y previsión social en 1938, así como el Ministerio de Salud en 1953 (Gutiérrez, 2010).

Las élites médicas del país formadas en el exterior, desde la segunda mitad del siglo XIX, impulsaron el higienismo y agenciaron la intervención del Estado en materia normativa e institucional con el criterio de la construcción de la nación moderna. Ello exigía una población saludable en una época en que la precariedad de las condiciones de vida de los sectores populares hacía inviable la observación de las normas de aseo y salud para la prevención de las epidemias, por la debilidad en las ciudades colombianas en el acceso a los servicios públicos de agua potable en conexiones domiciliarias, alcantarillado y sociales como la educación. El proyecto higienista logró, sin embargo, incidir en la formulación de una minuciosa normatividad orientada a la erradicación de las enfermedades que, de acuerdo al saber de la época, fueron consideradas tanto temidas como contagiosas, produciéndose así la alianza entre los poderes médicos, los judiciales y la acción policial⁴.

El investigador Carlos Noguera (1998) destaca de qué forma los barrios obreros de las ciudades de Bogotá y Medellín fueron escenarios privilegiados de las políticas higienistas, en la perspectiva del ordenamiento de las formas de vida de sus habitantes. Por este motivo, la vida familiar fue objeto de acciones de control y moralización a través de los proyectos de vivienda, que condicionaban

4 Un caso paradigmático es la atención a la enfermedad de la lepra, estudiado por Adriana María Corzo Fajardo (2010).

los beneficios de la adjudicación de una solución habitacional a la legitimidad de los vínculos conyugales de la pareja aspirante y el cumplimiento cabal de los preceptos de la Iglesia en lo concerniente al comportamiento de las madres, los padres, las hijas y los hijos. Es de destacar la insistente proscripción al consumo de la chicha, una campaña emblemática de la erradicación del alcoholismo en Colombia, que le abriría el espacio a las industrias cerveceras.

Ángela Facundo (2008) estudia las relaciones entre los médicos higienistas y las mujeres de comienzos del siglo xx, destacando la asignación de su contribución al proyecto de construcción del Estado-nación, en especial en su papel de madres, encargadas del cuidado de la infancia. Al respecto, fue notable el protagonismo de las relaciones entre los pediatras y las madres de los sectores populares, a quienes se les instó a observar un conjunto de prescripciones higiénicas en la crianza; fue una época de auge de los manuales de puericultura a cuya divulgación contribuyeron las mujeres alfabetizadas de la Acción Católica y las pioneras que se formaban en asistencia social y servicio social.

Por otra vía modernizadora, entre 1930 y 1958 el feminismo sufragista en Colombia —conformado en gran medida por mujeres de las élites y de las clases medias en ascenso, así como trabajadoras sindicalistas— hizo presencia pública en las movilizaciones para insistir en la esquiava reivindicación del derecho al voto, reconocido solo hasta 1954 y materializado en 1957, así como en las búsquedas de otros derechos formulados en términos de la igualdad. Las historiadoras del tema muestran la amplia difusión de pronunciamientos adversos a las reivindicaciones de las mujeres por parte de sectores políticos influyentes que se expresaban a través de distintos medios como la prensa, la radio o los pulpitos, argumentando de manera reiterada las incompatibilidades de tales derechos con las lealtades conyugales y las funciones maternas.

Un documento publicado en 1927 por Marcelino Uribe Arango es ilustrativo de los tonos de esa discusión. El autor define el texto como un *opúsculo*, construido a manera de diálogo entre un abogado liberal que se ocupaba de litigios familiares y una mujer joven, en tránsito de separación y ávida de conocimientos sobre sus derechos económicos. En el texto, el autor diferencia el feminismo civil y el feminismo político.

El primero, a su juicio, se refiere ante todo a los derechos económicos de las mujeres casadas, quienes, en la época, estaban sometidas a la potestad marital, lo cual implicaba la delegación en el cónyuge del manejo de su patrimonio. El segundo se refiere a la participación en el ámbito de las decisiones del poder público. Uribe pontifica sobre la legitimidad del feminismo civil que sería el que concierne a los derechos económicos y, en cambio, detracta del feminismo político que considera contrario a la “naturaleza” femenina.

Otros sectores socialistas y liberales de corrientes progresistas, más favorables, argumentaban la compatibilidad de los derechos de las mujeres con sus lealtades familiares. Inclusive, algunos políticos acudieron al discurso de exaltación de la maternidad como función fundamental de las mujeres para justificar las reivindicaciones de las mujeres. La historiadora Lola G. Luna (2004) identifica el maternalismo en el discurso de Jorge Eliécer Gaitán, quien apoyó en varias oportunidades los proyectos de ley sobre el derecho al voto femenino ante el Congreso de la República, exaltando el papel desempeñado por las madres de familia en la formación de los ciudadanos que requería el país.

El recorrido propuesto en este libro permite vislumbrar las formas como operó la diferencia de género en el acceso a la educación superior en Colombia y en las estrategias de quienes optaron por la formación en asistencia social, servicio social y trabajo social, para incidir en el cambio en sus propias vidas, así como también en las condiciones de vida de los sectores populares de la población urbana en expansión, afectados por la pobreza y la exclusión. Es de advertir que, si bien estos grupos asumieron en una primera etapa elementos del discurso liberal modernizador y, luego, del discurso de los derechos humanos, ante el feminismo como discurso crítico y emancipador se aprecian varias tendencias.

Una tendencia familista se sustenta en una concepción sacralizada de la familia, en su naturalización y en su consideración como fundamento de la organización social, por lo tanto, sujeta a imperativos de orden trascendente. Este discurso corresponde a la tradición católica, crítica del feminismo liberal que reivindicaba el derecho a la educación superior en condiciones de igualdad, al trabajo remunerado

y a la participación política. Esta corriente contraponen la feminidad al feminismo y postula que el destino de la mujer está en el matrimonio como un garante del orden social, la maternidad y la familia, con funciones esenciales e indeclinables. Estos postulados han sido persistentes en las culturas colombianas y actualizados por la influencia creciente en la socialización femenina de las confesiones religiosas en la contemporaneidad y por la producción cultural orientada en formatos de dramatizados y comedia romántica.

Otra tendencia moderada admitía el derecho a la educación superior y al trabajo remunerado siempre y cuando fuesen compatibles con la vida de hogar y, en cuanto a la participación política, la delimitaba al pronunciamiento sobre los asuntos concernientes a la salvaguarda de los intereses de las familias. Esta postura se expresó con cierta notoriedad en los escritos para la prensa de algunas egresadas de las escuelas de servicio social de los años 50.

Las tendencias que se desarrollaron desde finales de los años 60 y que acogieron plenamente los planteamientos del feminismo liberal y elementos del feminismo socialista, se articularon con la institucionalidad que se fue creando en la medida en que avanzó la Década Internacional de la Mujer (1975-1985). El feminismo independiente de los partidos y el feminismo de la diferencia ganó espacios en los medios universitarios. Así, el cuestionamiento a los sesgos familistas y maternalistas en el trabajo social se produjo en Colombia hacia los años 70, cuando un sector de activistas de los feminismos de aquellos tiempos procedía de una formación en el trabajo social y ya circulaba en el mundo anglosajón, literatura crítica feminista sobre el familismo.

El primer capítulo de este libro está dedicado a la institucionalización del servicio social católico en Colombia con base en la apreciación de tres experiencias educativas y sus proyecciones. En primer lugar, la conformación, consolidación y desarrollo de la Escuela de Servicio Social Anexa al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, que funcionó en Bogotá entre 1936 y 1956, y que delineó los derroteros de la profesionalización del trabajo social en el país. Un proceso análogo, aunque con las especificidades del desarrollo urbano e industrial de Medellín, emprendieron las fundadoras de la Escuela de Servicio Social de dicha ciudad, adscrita a la Normal de Señoritas de Antioquia fundada en 1945,

y luego integrada en 1956 a la Universidad Pontificia Bolivariana; en este último espacio, el servicio social se afirmó como carrera universitaria, tópico tratado en la segunda sección del capítulo.

Estos dos programas académicos sustentaron sus procesos educativos en las prácticas en barrios obreros y populares y en la red de instituciones públicas y privadas para atender los problemas sociales. También impulsaron la realización de estudios sociales como requisitos de grado, en los que se revelan contribuciones al conocimiento sobre la cotidianidad de las familias obreras, gran parte de ellas conformadas por población migrante desplazada del mundo rural por el empobrecimiento histórico o por la violencia. La precariedad de su inclusión en el mundo urbano se producía en contextos de una gran debilidad de las redes sociales y de los respaldos institucionales para atender sus necesidades de la sobrevivencia.

Otra experiencia del ciclo de formación en servicios sociales católicos en Colombia se observa en los colegios mayores de cultura femenina, fundados mediante la Ley 48 de 1945 (diciembre 17) que en su artículo primero definía que estaban “destinados a ofrecer a la mujer carreras universitarias de ciencias, letras, artes y estudios sociales, sin que sea requisito esencial en todos los casos, para ingresar a esos Colegios, el haber terminado estudios secundarios”. Estos establecimientos funcionarían en las ciudades de Bogotá, Medellín, Cartagena y Popayán, justo cuando declinaba la República liberal y se iniciaba la Restauración conservadora. Se trata de una oferta de educación pública para las jóvenes de las élites locales que restableció la noción de la educación femenina, orientada a profesiones que permitiesen a las jóvenes compatibilizar la vocación para el hogar y el trabajo, del que se derivara un uso constructivo del tiempo y, eventualmente, algunos ingresos complementarios para sus propios gastos. Los colegios funcionaron en ambientes en que, paulatinamente en el país, se proscribía la educación mixta, hecho que se concretó en 1949, de acuerdo a lo establecido por el Concordato que consolidaba un contrato entre la Santa Sede y el Gobierno conservador de Mariano Ospina Pérez (García, 2003). Estos establecimientos, denominados también “Universidades Femeninas”, según la historiadora Ruth López Oseira

(2017), apenas han llamado la atención a las estudiosas del acceso de las jóvenes a la educación superior.

Un paréntesis con el que concluye el primer capítulo se refiere a un ensayo prototípico del populismo impulsado por teniente general Gustavo Rojas Pinilla, presidente de la república entre 1953 y 1957, quien creó la Secretaría de Acción Social y Protección a la Infancia y el Servicio Cívico Social Femenino (Sendas) en 1954. Esta experiencia efímera, avanzó hacia la institucionalización del servicio social en el país. Por una parte, mediante la convocatoria a las colombianas a dedicar un tiempo a los intereses de la patria y por la paz, a la manera como lo hacían los hombres con el servicio militar; las profesionales en servicio social egresadas de las escuelas que funcionaban entonces se encargarían de asesorar y supervisar esas labores.

En la arquitectura de los programas de protección a las madres, los niños y las niñas, las y los jóvenes y las personas mayores, fueron incluidas las profesionales en los equipos a cargo de los programas de vivienda, nutrición, educación. Sendas fue una dependencia directa de la presidencia que canalizó la inmensa corriente de alimentos procedentes de agencias de cooperación internacional como CARE y Caritas, destinada a beneficiar a las víctimas de la violencia. Esta institución alcanzó una gran popularidad entre los sectores que se beneficiaron y produjo un espectacular efecto de demostración. Por lo demás, el recaudo de ingentes aportes, de diferentes fuentes como empresas privadas y públicas, ocasionó desviaciones de recursos que suscitaron escándalos y dieron lugar a la disolución de la entidad a medida que la gestión presidencial se fue desprestigiando (Luna 2004, 2008; Ramírez, 2003, 2011a, 2011b).

El capítulo culmina con unas notas de cierre sobre las peculiaridades del programa de trabajo social de la Pontificia Universidad Javeriana, cuyas egresadas —formadas en un ambiente de movilización social y estudiantil incentivado por los nuevos derroteros delineados por el Concilio Vaticano II y la Conferencia del Celam en Medellín— se proyectaron en distintos campos. Tal fue el caso de la institucionalidad del bienestar social que se fue expandiendo en los contextos del modelo desarrollista, el campo de la investigación social y en la docencia universitaria.

El segundo capítulo, “Hacia la secularización de la formación en trabajo social en los medios universitarios”, se inicia con unas consideraciones sobre las condiciones de adscripción de los programas académicos de servicios social de los colegios mayores de cultura femenina a las universidades públicas. En particular, se enfatiza en el caso de la Universidad Nacional de Colombia, en donde el programa de servicio social del Colegio Mayor de Cultura Femenina de Cundinamarca fue adscrito. En esta entidad, María Cristina Salazar y Camilo Torres, durante la decanatura de la Facultad de Sociología de Orlando Fals Borda, asumieron el liderazgo del proceso preparatorio del lugar que albergaría a un sector de jóvenes estudiantes y profesoras, procedentes de una institución de educación femenina, quienes, con un plan de estudios de transición, asumirían una compleja inclusión en un escenario universitario en el cual eran manifiestas las jerarquías de género y de campos de conocimiento. Por lo demás, las influencias de la teología de la liberación en espacios extracurriculares prolongaría el influjo de la religión católica en la formación en trabajo social, aunque redefinida por lo que significó la opción por lo pobres, de esta corriente que se propagó por América Latina en aquellos tiempos. En la universidad ya no se incluyó la formación religiosa en los planes de estudio de trabajo social y la religión se reservó a los dominios de la experiencia personal, por lo que se asumió como objeto de reflexión de las ciencias sociales.

En la *alma máter*, las recién llegadas asumían desafíos como el de la educación mixta, mas no la coeducación, sin que ello significase el cambio en la composición femenina predominante del estudiantado y del profesorado. Algunos jóvenes se arriesgaron a optar la formación en trabajo social, afrontando algunos de ellos los prejuicios de género por haber optado por una “carrera femenina”, como lo describe de manera explícita Juan Manuel Latorre Carvajal, profesor de la Universidad Industrial de Santander, quien debió sortear las barreras de acceso al programa de servicio social para ingresar a ese programa, precisamente por tratarse de una carrera femenina (Leal y Ramírez, 2012). A la vez, otros estudiantes descubrieron horizontes de participación en el universo de los problemas sociales y de los escenarios nacionales e internacionales de apertura de los programas de trabajo

social, como lo detalla Roberto Rodríguez Casasbuenas, quien se desempeñó como profesor, investigador y funcionario de organismos internacionales dedicados a las migraciones (Leal y Ramírez, 2017). En este escenario tan complejo, la formación en trabajo social se orientó hacia la participación en los proyectos, programas y políticas de desarrollo, impulsadas en aquel entonces por el reformismo modernizador del Frente Nacional (1958-1974), que significaría una preparación para participar en un ensayo sistemático de construcción del Estado de derecho.

Enseguida se observan, en el segundo capítulo, las influencias del pensamiento crítico de las ciencias sociales de los 60 y 80 en la formación en trabajo social. En primer lugar, se aprecian los avances procedentes de los desarrollos investigativos de figuras como Virginia Gutiérrez de Pineda (1921-1999) y demás autoras y autores que contribuyeron a la renovación del pensamiento social en aquellos años. Gutiérrez de Pineda en sus estudios sobre la familia en Colombia abrió un espacio al estudio de la condición de las mujeres de los sectores populares urbanos y rurales, en la estructura patriarcal de la sociedad colombiana, y fundó el campo de los estudios de familia al que el trabajo social ha hecho notables contribuciones (Ramírez, 2017).

Se aprecian también en el capítulo los desarrollos del pensamiento crítico sobre la historia del trabajo social conectada con las corrientes de la reconceptualización del trabajo social en América Latina. Estas corrientes proponían la descolonización de la profesión, mediante un impulso a la investigación social que concluyera en conocimientos sobre las especificidades locales y regionales de los problemas sociales en la región; proponían también el desplazamiento de la acción focalizada en los individuos y las familias sujetos a la racionalidad institucional, construida con base en los paradigmas de una modernidad que se distanciaba de las culturas populares y abogaba, por la opción de la participación de los sectores populares en la definición de los asuntos que les conciernen en la construcción de lo público para el bien común.

Se exponen también en el capítulo unas apreciaciones sobre la incursión de un sector de profesoras e investigadoras en el estudio de la “cuestión femenina” que impulsó las redefiniciones de las posibilidades del trabajo social, que incluyeran elementos del pensamiento femi-

nista y los estudios de género en la práctica investigativa y profesional del trabajo social. Esta reflexión, en el mundo académico europeo y anglosajón principalmente, ya se estaba planteando tanto en campos como la historia (Gordon, 1988; Perrot, 2006) como en el campo del trabajo social (Dominelli y McLeod, 1999; Payne, 1995).

El capítulo segundo culmina con unas referencias a la significación del proyecto editorial de la revista *Trabajo Social* de la Universidad Nacional de Colombia, cuyo primer número apareció en 1998; se resalta lo que respecta a su contribución a la construcción de la historia del trabajo social en Colombia desde la perspectiva feminista y de los estudios de género. Es de subrayar que, desde el primer número, se incluyen en la sección *Entrevistas* los resultados de la construcción de fuentes orales, con la participación de trabajadoras sociales de diferentes generaciones egresadas de distintas escuelas, desde los años 40 hasta los 70. Este material proporciona la posibilidad de una reinterpretación contextualizada de la práctica profesional en los complejos escenarios de la vida de los sectores populares atendidos por una institucionalidad construida en los avatares de la conformación del Estado de derecho en Colombia. La sección *Documentos* de la revista, permite la consulta de la reglamentación que define el funcionamiento de los programas académicos del trabajo social del Colegio Mayor de Cultura Femenina de Cundinamarca y de la Universidad Nacional de Colombia y otras disposiciones sobre la reglamentación de la formación en trabajo social.

El tercer capítulo “Anotaciones sobre los estudios de mujer y género en la segunda mitad del siglo xx: conexiones latinoamericanas años 70 y 80”, propone un análisis de tres tendencias que delinearon la construcción de un nuevo campo de conocimientos. En primer lugar, la inclusión de la mujer como sujeto de la reflexión de las ciencias sociales promovida por la División de Asuntos de Género de la Cepal, entidad que desempeñó un papel decisivo en la profesionalización de las acciones de política pública para el cambio de las condiciones de exclusión y pobreza que afectaban de manera contundente ante todo a las mujeres. Enseguida se observan los rumbos hacia la redefinición del conocimiento posibilitado por la experiencia de los Encuentros Feministas Latinoamericanos y del Caribe, celebrados en diferentes países

entre 1981 y 2011, cada dos o tres años. Estos encuentros representan experiencias inéditas en los procesos del planteamiento de problemas de investigación, a partir de la politización de las experiencias personales de las activistas y de la redefinición de sus formas de participación política en los colectivos, los partidos y las organizaciones, hacia la expansión de la democracia. También se vinculan a la interpelación a las prácticas profesionales que fortalecen en los espacios de interacción con las mujeres las relaciones de dependencia y subordinación bajo el supuesto de la salvaguarda de la unidad familiar.

El capítulo tercero concluye con unas notas sobre el feminismo académico en América Latina que proponen apreciar ciertas condiciones de surgimiento de los programas universitarios en estudios de la mujer y el género en algunos países de la región, de donde proceden figuras de la investigación social que construyeron interpretaciones originales sobre los procesos sociales y culturales en que participaron. Estas experiencias han permitido el avance hacia los estudios comparativos que posibilitan el reconocimiento de los elementos comunes en los diferentes países de América Latina, así como las especificidades de cada nación en lo concerniente a la pluralidad de experiencias de vida de las mujeres, sus relaciones con el Estado, las instituciones y los proyectos democráticos, así como con los procesos de construcción de la identidad femenina y feminista y la dimensión subjetiva. Estas tres corrientes de pensamiento sobre los estudios en la región, constituyen las principales influencias que se expresaron en el Programa de Estudios de Género Mujer y Desarrollo de la Universidad Nacional de Colombia, impulsada por un grupo de profesoras del Departamento de Trabajo Social que contribuyeron a conformar el Grupo Mujer y Sociedad, y que abriría líneas de investigación sustentadas en la crítica feminista.

El cuarto capítulo, “Hacia la institucionalización de los Estudios de Género de la Universidad Nacional de Colombia y la consolidación de los posgrados (1986- 2004)”, en su primera parte, se dedica a los años comprendidos entre 1986 y 1996, etapa de formación y de consolidación del Grupo Mujer y Sociedad, del cual surgió la iniciativa de construcción del proyecto de los estudios de mujer, género y desarrollo. Es de anotar que el surgimiento del Grupo significó, por una parte, repensar las condiciones sociales, culturales y subjetivas que

construyen la diferencia como desigualdad a la luz del pensamiento feminista que circulaba en los años 80 y a comienzos de los 90. Por lo demás, significó también la posibilidad de interpretar las especificidades de las condiciones de las colombianas en las situaciones de violencia y exclusión. Estas situaciones habían sido documentadas en extenso por la investigación en ciencias sociales desde los años 60 y era perceptible en los diferentes escenarios de la ciudad de Bogotá, en donde algunas de las integrantes del Grupo habíamos desarrollado las prácticas de trabajo social, bien fuera como estudiantes o como docentes responsables de la formación de nuevas generaciones en esa disciplina. Además, fue la oportunidad de explorar las posibilidades de la psicología, la historia y la literatura, pensada por las mujeres y sobre las mujeres que interpelaban los cánones androcéntricos de esas disciplinas. Entre estas disciplinas, resaltaba el trabajo social que, por su composición femenina, representaba una experiencia peculiar de inclusión en los sistemas educativos universitarios a la par que construía objetos de reflexión que discutían los paradigmas científicos hegemónicos de validación de esos objetos.

Estas experiencias académicas se construyeron en la convergencia con los movimientos de mujeres y con el feminismo bogotano, así como también con los proyectos de desarrollo agenciados con el concurso de la cooperación internacional a lo largo de la Década Internacional de la Mujer y sus proyecciones, ante todo en los campos de la salud, la educación y el trabajo. Tales convergencias derivaron en la decisión por parte de las integrantes del Grupo de planear el trabajo a través de algunas actividades de extensión que fueron configurando el diseño de los programas de formación académica en el área de mujer y desarrollo en la universidad pública.

El plan implicó en primera instancia la instalación del Fondo de Documentación Mujer y Género en la Universidad Nacional de Colombia el año 1994, con el fin de resolver las dificultades de acceso a la producción nacional e internacional sobre la mujer y el género que estaba elaborándose, para avanzar en la investigación en el campo y contribuir a la difusión de ese saber. El Grupo procedió también a delinear los contenidos de seminarios, encuentros y otros eventos académicos con la participación de invitadas nacionales e internacio-

nales. Este capítulo culmina con unas consideraciones sobre el papel representado la revista *En Otras palabras...*, cuyo primer número apareció en 1996, como proyecto de divulgación del pensamiento feminista y las redefiniciones que este pensamiento sustenta.

La disponibilidad de agencia y de canalización de los diversos recursos institucionales por parte del equipo que propuso el Programa de Estudios de Mujer y Género venció las resistencias iniciales y luego contó con un ambiente propicio en la Universidad Nacional de Colombia, en virtud de la presencia nacional que fue ganando la Facultad de Ciencias Humanas, por la calidad de la producción investigativa sobre los problemas sociales del momento a través de los grupos interdisciplinarios, entre los cuales figuraba el Grupo Mujer y Sociedad. Además, se hicieron posibles alianzas con entidades del Estado en virtud de la prefiguración de la institucionalización de políticas sociales que insinuaban cierta especialización, como la Consejería Presidencial para la Juventud, la Mujer y la Familia (CPJMF) durante la presidencia de César Gaviria Trujillo (1990-1994) y la Dirección Nacional de Equidad para las mujeres durante la presidencia de Ernesto Samper (1995-1999).

La presencia y el compromiso de los movimientos sociales de mujeres y del feminismo en el país interpelaron las limitaciones y el formalismo de la institucionalidad, a la vez que reclamó con insistencia el reconocimiento de los derechos de las mujeres. En ese ambiente se realizaron los eventos preparatorios para el diseño y la puesta en funcionamiento de los posgrados en estudios de mujer y desarrollo con el respaldo universitario para el programa de formación avanzada de docentes, la realización de un plan de investigaciones y de extensión, la definición de un proyecto de publicaciones, el mejoramiento del Fondo de Documentación y la creación del Grupo Interdisciplinario de Estudios de Género (GIEG) en 1996.

La investigación en que se basa el libro consultó fuentes orales producidas en entrevistas con las egresadas de la Escuela de Servicio Social Anexa al Colegio Mayor del Rosario, de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín, del Colegio Mayor de Cultura Femenina de Cundinamarca, de la Universidad Nacional de Colombia y de la Universidad Industrial de Santander para el periodo comprendido entre

1936 y 1974. Este material fue producido por María Eugenia Martínez, Gloria E. Leal, María Himelda Ramírez y Juanita Barreto, y gran parte ha sido publicado en varios números de la revista *Trabajo Social* de la Universidad Nacional de Colombia.

También se realizó una revisión de publicaciones académicas como la Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, de finales de los años 30 e inicios de los 40, y de la revista *Presencia* de la Acción Católica dirigida por María Carrizosa de Umaña, la primera egresada del país que obtuvo el título de Asistente Social; en este último medio colaboraron varias egresadas de la Escuela de Servicio Social Anexa al Colegio Mayor del Rosario en los años 50. Se revisó también la videografía producida por Gloria E. Leal durante el desarrollo del proyecto *Patrimonio vivo*, conmemorativo de los 40 años de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia, que reproduce entrevistas con Virginia Gutiérrez de Pineda, Flor Prieto de Suárez y María Cristina Salazar, profesoras de las primeras generaciones formadas en trabajo social en el medio universitario, a fines de los años 60 e inicios de los 70 en la Universidad Nacional de Colombia.

El libro está compuesto por reelaboraciones de distintos textos producidos en el marco de las actividades del grupo de investigación Historia de la Asistencia, la Beneficencia y la Disciplina del Trabajo Social, del Departamento de Trabajo Social de la Universidad Nacional de Colombia. El grupo, liderado por la profesora Gloria E. Leal, funciona desde 2009 y en varias oportunidades ha contado con el apoyo de los recursos de la convocatoria Orlando Fals Borda y de la convocatoria interna de la División de Investigaciones de la Universidad Nacional de Colombia.

Desde un comienzo hemos contado con la posibilidad de interlocución con Bibiana Travi, líder del Grupo Interuniversitario de Investigadores en Trabajo Social (GIITS), en los encuentros realizados en la ciudad de Buenos Aires y en sus diferentes visitas a la Universidad Nacional de Colombia y a otras universidades colombianas. Las conversaciones con la profesora Ruth López Oseira de la Universidad Nacional, sede Medellín, han contribuido de manera notable con esta investigación. Han sido también muy orientadoras las conversaciones

con Beatriz Castro Carvajal, profesora de la Universidad del Valle, Modesta Barrios, profesora de la Universidad de Cartagena, y con Fabio López de la Roche, profesor del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (Iepri) de la Universidad Nacional de Colombia.

La Escuela de Trabajo Social de la Universidad Industrial de Santander nos abrió espacios para exponer algunos avances en dos oportunidades en 2010, lo mismo que el programa de Trabajo Social de la Universidad de la Salle en Bogotá durante la conmemoración de los 50 años de funcionamiento del mismo en 2016. En el XVI Congreso Colombiano de Historia, celebrado en Neiva (Huila) en 2015 y en el XVII Congreso Colombiano de Historia celebrado en Bogotá en 2017 también se expusieron otros avances. El semillero de investigación del Grupo ha sido un escenario propicio para comentar algunos avances de la investigación. Las estudiantes han contribuido en la localización de documentación y en la transcripción de algunas de las entrevistas.